

GUERRA BLANCA

Marzio G. Mian

GUERRA BLANCA

En el frente ártico
del conflicto mundial

Traducción de Marta Rebón

COLECCIÓN
**ECOS
DEL PRESENTE**

Título original en italiano: *Guerra bianca*

© 2022 Neri Pozza Editore, Vicenza

Publicado por acuerdo especial con Neri Pozza, en colaboración con su agente debidamente designado MalaTesta Lit. Ag. y el co-agente The Ella Sher Literary Agency.

© De la traducción: Marta Rebón, 2025

© Diseño de cubierta: Daniel Bolívar

© Del mapa de la página 12: Luca Mazzali

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2025

Primera edición: octubre, 2025

Preimpresión: Moelmo SCP

www.moelmo.com

ISBN: 978-84-19407-81-8

Depósito Legal: B 14137-2025

Impreso en Sagrafic

Impreso en España - *Printed in Spain*

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones

www.nedediciones.com

A Gabriella y a los paisajes de nuestra vida

ÍNDICE

Introducción, <i>El siglo ártico</i>	13
--	----

PRIMERA PARTE

Mare Nostrum

El hombre que susurraba a las morsas	25
El monje surgido del hielo	37
El cajero automático del zar.	59
Una pepita de oro para Abramóvich	99

SEGUNDA PARTE

Europa boreal

El alcalde y el ejército ruso	125
El archipiélago que arde.	147
En el tren de Greta	169

TERCERA PARTE

American Rush

El pastor y el tanque.	189
Rapsodia groenlandesa.	223
El escarabajo pelotero de Bering.	273
Agradecimientos.	317

«Creo que la vamos a conseguir.
De un modo u otro, la vamos a conseguir».

DONALD TRUMP, sobre Groenlandia,
4 de marzo de 2025

«Romperemos los dientes a cualquiera
que se atreva a desafiar nuestra soberanía.
[...] no existe el Ártico sin Rusia ni Rusia
sin el Ártico».

VLADÍMIR PUTIN, 21 de mayo de 2022

INTRODUCCIÓN

El siglo ártico

Existía el «espíritu del Ártico», un excepcionalismo encomiado en el célebre discurso de Mijaíl Gorbachov en 1987 en Múrmansk, ante los marinos de la Flota del Norte: «Hagamos al menos del Polo un polo de paz», dijo, dirigiéndose indirectamente a Ronald Reagan y abogando por el desarme de los misiles de alcance medio desplegados en la región polar. Las reglas especiales de compromiso en las relaciones árticas se mantuvieron, en esencia, hasta la invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022: *High North, low tension* era el mantra. Y esto a pesar de que entre los países que bordean el Ártico figuran dos potencias —Rusia y Estados Unidos— enfrentadas de distintas maneras desde hace más de setenta años, ambas impulsadas por la misma «misión histórica»: expandir su influencia y su supremacía. Aquellos confines polares compartidos por la OTAN y Rusia funcionaban más como elemento de disuasión que como incentivo para la confrontación militar. Había el compromiso de colaborar y mantener la estabilidad, aunque el océano de hielo fue el escenario más candente de la Guerra Fría, con

submarinos nucleares que se perseguían como el gato y el ratón.

Cuando nació en 1996, el Consejo Ártico no era más que una declaración de buenas y pacíficas intenciones entre los ocho países ribereños del océano glacial —además de Rusia y Estados Unidos, Canadá, Noruega, Islandia, Dinamarca (gracias a Groenlandia), Suecia y Finlandia—, que se disponían a sentarse en la misma mesa para cooperar en cuestiones medioambientales, las consecuencias del cambio climático, la pesca, la navegación y los derechos de los pueblos indígenas. No se hablaba de seguridad, porque no era una organización internacional, sino un foro intergubernamental. Durante años, el Consejo Ártico pasó inadvertido, con reuniones a las que asistían diplomáticos de segunda fila, próximos a la jubilación. Pero, a medida que el hielo se derretía y comenzaban a circular estimaciones sobre riquezas explotables cada vez más accesibles y se anunciaban rutas árticas —providenciales atajos marítimos para la globalización, alternativas a los cada vez más inestables pasos de Suez y Panamá—, llegaron los peces gordos: ministros de Exteriores, desde Serguéi Lavrov hasta Hillary Clinton. Y los países que aspiraban a tener peso en la escena mundial hacían verdaderos malabares para ser admitidos como observadores en el club boreal. En primer lugar, China, que para la ocasión se inventó una nueva identidad geográfica: la de país «casi ártico». Aquella zona, relegada desde siempre a los márgenes de la Gran Historia de la humanidad, se encontraba de repente bajo los focos, en el centro de intereses y apetitos globales.

Pero la palabra «conflicto» seguía siendo un tabú cuidadosamente protegido, quizá por superstición o hipocresía. La excepción ártica se sostenía tras el escudo de fór-

mulas diplomáticas que funcionaban como exorcismos: «cooperación», «estabilidad», «diálogo»...

El espíritu de Gorby resistió muchas tormentas. El Ártico siguió siendo un lugar especial, en parte porque es el tótem de la lucha contra el calentamiento global, la porción del planeta que paga el precio más alto, donde las consecuencias de nuestra *hybris* resultan más extremas. Y también porque la hipótesis de una guerra parecía, sencillamente, inconcebible, aunque solo fuera por esas más de tres mil ojivas nucleares con las que Vladimir Putin vigila sus 24.000 kilómetros de costa polar. Las crisis internacionales se detenían en el umbral del Consejo Ártico: Estados Unidos y Rusia seguían hablando, estudiaban juntos el deshielo del permafrost, la disminución de la población de osos polares, el trastorno del ecosistema marino. Las guardias costeras de los países árticos continuaban compartiendo códigos de navegación para afrontar los nuevos peligros generados por el aumento del tráfico comercial y turístico. Científicos noruegos y rusos colaboraban en la preservación de reservas de bacalao en el mar de Barents, aunque al mismo tiempo ambos países detenían a espías del otro dedicados a robar secretos árticos estratégicos. Recuerdo los artificios retóricos en ciertas conversaciones con políticos y diplomáticos en los años en que —casi más pionero que reportero— comencé a narrar sobre el terreno la arrolladora transformación del Ártico. Tenía muy claro que la realidad acabaría por imponerse a los buenos propósitos de cara a la galería: aquella región frágil estaba destinada a ser disputada por la fuerza, porque no existen principios ni acuerdos capaces de garantizar la paz en la única región del planeta aún sin explotar, que resguarda los recursos codiciados por un mundo hambriento y esenciales

para sostener el modelo capitalista de crecimiento perpetuo. Jamás en la historia los hombres se han quedado de brazos cruzados ante la posibilidad de echar mano a un nuevo continente —como ocurrió en tiempos del descubrimiento de América—, a un nuevo Nuevo Mundo rebosante de dones divinos. No basta con derribar estatuas de Cristóbal Colón para cancelar la cultura del imperio y del dominio, ni con pensar que el colonialismo ha quedado atrás solo porque los nuevos colonizadores emplean palabras dulces como «resiliencia» e «inclusión». Ya en 2013, cuando Donald Trump aún se limitaba a querer comprar un campo de golf en Escocia, yo hablaba de Groenlandia como un futuro «Congo boreal».

Con todo, el denominado «pacto del hielo» entre los Ocho sobrevivió incluso a la anexión rusa de Crimea en 2014. No ocurrió lo mismo con la invasión de Ucrania, que marcó un antes y un después en la historia del Ártico. En 2022, siete países del Consejo Ártico suspendieron toda colaboración con Rusia, que además ostentaba la presidencia rotatoria del club y posee el 52 % de las costas polares. El Ártico se fracturó y se rompió el tabú de la guerra; terminó la excepción del Gran Norte «condenado a la paz», y surgieron dos, condenados a enfrentarse. *High North, high tension*: el nuevo mantra. Con el ingreso de Suecia y Finlandia en la OTAN, el Consejo Ártico es enteramente euroatlántico y *de facto* el brazo político de la OTAN, que ahora controla la mitad de la región y tiene su centro de gravedad en el Gran Norte. Entretanto, Rusia ha alentado la formación de un bloque ártico alternativo bajo la bandera de los BRICS. «Después de Ucrania, todo ha cambiado. Ahora la cuestión no es si habrá un conflicto en la región polar, sino cómo evitarlo», me dijo Angus King, senador independiente de Maine.

«Lo que se está gestando en el techo del mundo es un problema de seguridad nacional para cada uno de los países occidentales». La atención de los medios y de la política está puesta en el mar Negro, pero los mapas marcados en rojo por los generales de la OTAN tienen que ver con las bases rusas en el mar Blanco, las maniobras chinas en el estrecho de Bering y los corredores submarinos entre el mar de Barents y Groenlandia. Sobre todo, tras la reelección de Trump, se comprendió que lo que realmente está en juego no es tanto la resolución del conflicto en Ucrania como el reparto del Ártico, es decir, de su capital energético, minero, marítimo y geográfico. Ya cuando en su primer mandato propuso comprar Groenlandia, quienes se ocupaban del reto ártico sabían que no era una ocurrencia de promotor inmobiliario, sino que respondía a una extendida convicción en muchos círculos de Washington según la cual el futuro papel de Estados Unidos en el Gran Norte pasa por esa inmensa isla de hielo, más cercana a Nueva York que a Copenhague. Y la confirmación fue el músculo que mostró la administración Biden contra China en Groenlandia, donde Estados Unidos mantiene el control militar desde los años cincuenta. En tres años, toda ambición de Pekín de adquirir minas y contratos para la construcción de infraestructuras ha sido anulada, ejerciendo presión sobre el autogobierno inuit y sobre Dinamarca, en cuyo reino la isla de Groenlandia representa el 98 % de su territorio.

Estados Unidos ha abierto una sede diplomática en la liliputiense capital Nuuk, ha puesto en marcha la apertura de una nueva base militar además de la de Thule, y ha facilitado una concesión a Bill Gates y Jeff Bezos para explorar un enorme yacimiento de tierras raras en el noroeste de la isla.

«Sin duda, este no es el siglo chino, sino el siglo del Ártico. Lo que ocurra en Groenlandia tendrá un impacto en nuestras vidas», me dijeron en el Departamento de Estado en febrero de 2024. Luego llegó la banalidad imperialista de Trump, su jerga de política de cañonero, la pistola sobre la mesa como método de negociación. La amenaza de llevarse Groenlandia, con sus 57.000 inuits, «incluso por la fuerza», confirma que Estados Unidos está dispuesto a todo con tal de no quedar fuera del siglo ártico.

Groenlandia, con su 15-20 % de las tierras raras no explotadas del planeta, representa la posibilidad de emanciparse de la dependencia del monopolio chino.

Significa recuperar de un salto el tiempo perdido frente a Rusia, que en el Ártico es la potencia histórica: allí es donde Putin exhibe cuarenta y dos rompehielos nucleares frente a los dos de Estados Unidos, allí ha concentrado su fuerza no convencional, capaz de alcanzar territorio estadounidense con misiles de corto alcance, y allí es donde el zar, gracias al cambio climático, posee por fin ese mar que siempre le faltó al Imperio ruso.

Desde el *mare nostrum* ruso, Putin proyecta sus ambiciones, porque desde las aguas polares su flota puede conectarse rápidamente tanto con el Atlántico como con el Pacífico.

En el Gran Norte ruso, Putin protege —con armas nucleares en mano— su caja fuerte de gas y petróleo: su «cajero automático», como lo llaman en el Departamento de Estado.

Cuando Biden planteó un «posible conflicto» por el control del Ártico, Putin respondió como si se tratara de una declaración de guerra: «Romperemos los dientes a cualquiera que se atreva a desafiar nuestra soberanía. Que

la OTAN sepa que no existe el Ártico sin Rusia ni Rusia sin el Ártico».

En la mesa de negociaciones para poner fin al conflicto en Ucrania, había un invitado no de piedra, sino de hielo. A partir del encuentro de Riad, los negociadores estadounidenses y rusos no ocultaron que lo que realmente estaba en juego eran, sobre todo, sus respectivos intereses en el Ártico. Para Putin, la condición para abrir una nueva fase político-empresarial con la América de Trump era que se permitiera el regreso de las empresas estadounidenses a las instalaciones de extracción de petróleo y gas natural licuado abandonadas por EE. UU. en 2022, con la entrada en vigor del mayor paquete de sanciones de la historia. A cambio, Putin dio luz verde a una eventual agresión imperial estadounidense contra Groenlandia. Lo hizo en Múrmansk, en los muelles de la Flota del Norte, como Gorbachov. Pero anticipando escenarios muy distintos. Tras anunciar nuevos refuerzos militares rusos capaces de hacer frente a las crecientes amenazas de la OTAN, quiso dejar claro que «los planes de Estados Unidos para una anexión de Groenlandia son serios y tienen raíces históricas, pero es un asunto que no nos concierne». Una división decimonónica de las esferas de influencia, una especie de «Yalta del Ártico», nacida de las negociaciones sobre Ucrania. Queda por ver cómo reaccionará China, convertida en potencia ártica gracias a Moscú; es decir, aprovechando las consecuencias de las sanciones sobre los gigantescos planes de explotación puestos en marcha por Putin antes de la guerra y paralizados tras la salida de las compañías occidentales. La amistad «sin límites» entre Putin y Xi Jinping, sellada durante los Juegos Olímpicos de Pekín, preveía financiamiento casi ilimitado para infraestructuras extractivas y la importación de petróleo

y gas natural licuado. Sin China, Rusia no habría logrado mantener en funcionamiento su «cajero automático» ni esa sorprendente economía de guerra. Lo que verdaderamente hizo saltar las alarmas en Washington fue la alianza militar: maniobras navales conjuntas entre buques de guerra chinos y rusos, incluso en el estrecho de Bering, frente a Alaska. Y también los patrullajes conjuntos de las dos guardias costeras a lo largo de la Northern Sea Route, lo que antes se conocía como el Paso del Nordeste y que, para Pekín, representa la Ruta de la Seda Polar. Rusia y China han instalado una estructura integrada de navegación por satélite como alternativa al sistema basado en GPS utilizado por la OTAN. La administración Biden publicó a toda prisa la nueva Estrategia Nacional para la Región Ártica, en la que se advierte a Rusia que se le impedirá «por todos los medios» dominar el Ártico, aunque buena parte del documento se dedica a la «amenaza militar china» y a sus ambiciones sobre el tráfico marítimo.

La escalada imperialista de Trump nace del temor de que Pekín se apodere del siglo ártico. El entendimiento con Putin aspira a volverse estratégico, para contrarrestar el de Moscú y Pekín, considerado táctico y provisional. En mi opinión, con el progresivo repliegue de Estados Unidos dentro de la OTAN, la inseguridad en el Gran Norte no hará sino aumentar las probabilidades de una Guerra Blanca, es decir, que el nuevo orden mundial se decida más allá del círculo polar ártico. Ya se vislumbra, por ejemplo, cómo las tensiones entre Estados Unidos y Canadá se concentran en el Ártico norteamericano: sobre la presencia militar, la explotación de recursos y, sobre todo, en torno al Paso del Noroeste, la ruta cada vez más transitable que conecta el Atlántico Norte con el Pa-

cífico Norte y cuya soberanía Canadá reclama pero que Washington no reconoce. El nuevo Gran Juego encuentra, por ahora, a Europa fuera de juego. Aturdida y dividida. Cuesta imaginar cómo Bruselas podría alcanzar la unidad y la fuerza necesarias para frenar a Trump, Putin y Xi Jinping. Son enigmas para estudiosos. Yo me mantengo anclado al relato de los hechos, a lo que he visto y escuchado: muchos años ya de exploraciones periodísticas en este nuevo continente, en los márgenes del quinto océano, surgido como una Atlántida de agua en la cima del mundo.

Ya no es tiempo de buenas maneras ni de un protocolo de cortesía que solía aplicarse a un entorno natural en proceso de descomposición y que revela, junto con sus riquezas, nuestra naturaleza arrogante. Los escenarios de guerra que narro en este libro son, de hecho, los mismos donde ya se perfila sobre el terreno la Waterloo del planeta. El lenguaje ha cambiado: ahora es el despiadado lenguaje de la Historia, que absorbe el Ártico y lo contamina también con las palabras. Antes que espacio geográfico, geopolítico o biológico, era sobre todo una idea, o una ilusión. Una ilusión nacida de la necesidad de un «en otra parte», de la esperanza de que exista por fin un lugar distinto, sin Historia, donde las cosas hayan sido siempre como son: una parte del mundo congelada en una pureza inmaculada y primordial. Adiós, pues, mítica última Thule. Percibido durante milenios lejano como una luna, el Ártico, en menos de una generación y por efecto del cortocircuito climático, se ha convertido en un territorio de conquista neocolonial. Hay quien sostiene incluso que representa el Plan B de la humanidad en un planeta cada vez más desertificado, superpoblado y hambriento de recursos.